

lado como á un vecino ó como á un árbol: lo mismo se incurre en defecto no viendo hasta dónde se vale, que diciendo más de lo que se ve. Mayor amor debemos á Dios que á nosotros mismos y le conocemos menos, á pesar de lo cual hablamos de él á nuestro sabor.

Si los escritos de Tácito nos muestran algún tanto su condición, debemos creer que era un grave personaje, animoso y lleno de rectitud; no de una virtud supersticiosa, sino filosófica y generosa. Podrá encontrarsele arriesgado en sus testimonios, como cuando asegura que llevando un soldado un haz de leña, sus manos se pusieron rígidas de frío y quedaron pegadas y muertas, separándose de sus brazos. Acostumbro en tales asertos á inclinarme bajo la autoridad de tan respetables testimonios.

Lo que cuenta de que Vespasiano por merced del Dios Serapis curó en Alejandria á una mujer ciega untándola los ojos con su saliva, y no recuerdo qué otro milagro, hácelo por ejemplo y deber de todos los buenos historiadores, quienes registran los acontecimientos de importancia: entre los sucedidos públicos figuran también los rumores y opiniones populares. Es su papel relatar las creencias comunes, no el enderezarlas: esta parte toca á los teólogos y á los filósofos, directores de las conciencias. Por eso prudentísimamente éste su compañero, grande como él, dijo: *Equidem plura transcribo, quam credo; nam nec affirmare sustineo, de quibus dubito, nec subducere, quæ accipi*: y este otro: *Hæc neque affirmare, neque refellere opere pretium est... famæ rerum standum est*². Escribiendo en un siglo en que la creencia en los prodigios comenzaba á declinar, dice, sin embargo, que no quiere dejar de insertarla en sus anales, ni menospreciar una cosa recibida por tantas gentes de bien y con reverencia tan grande vista de la antigüedad: muy bien dicho. Que los historiadores nos suministren la historia, más según la reciben que como la consideran. Yo que soy soberano de la materia que trato y que á nadie debo dar cuentas, no me creo por ello en todos los respectos: arriesgo á veces caprichos de mi espíritu, de los cuales desconfío, y ciertas finezas verbales que me hacen sacudir las orejas; pero las dejo correr al acaso. Yo veo que algunos se dignifican con tales cosas: no me incumbe sólo el juzgarlos. Preséntome en pie y tendido; de frente y de espaldas, á derecha é izquierda, y en todas mis actitudes naturales. Los espíritus, hasta aquellos mismos que son iguales en consistencia, no lo son siempre en aplicación y gusto.

1. En verdad digo más de lo que creo, mas si no pretendo afirmar las cosas de que dudo, tampoco suprimo aquellas de que estoy muy cierto. Quinto Curcio, IX, 1.

2. No debemos inquietarnos por afirmar ó negar estas cosas; remitámonos lo que la fama declara. Tito Livio, I, *Præfat.*, y VIII, 6.

No todos pueden hablar de sí mismos
hoy que sabrán hacer.

Esto es cuanto la memoria me sugiere en conjunto y de un modo bastante incierto; todos los juicios generales son descosidos é imperfectos.

CAPÍTULO IX

DE LA VANIDAD

Acaso no haya ninguna más expresa que la de escribir tan sin fundamento. Aquello que Dios tan maravillosamente nos expresó¹ debería ser cuidadosa y continuamente meditado por las gentes de entendimiento. ¿Quién no ve que yo tomé un camino por el cual sin interrupción ni fatiga marcharé mientras haya tinta y papel en el mundo? Como no puedo trazar el registro de mi vida por mis acciones, colócalas sobrado bajas la fortuna, enderézolo de mis fantasías. Un gentilombre vi, sin embargo, que no comunicaba de su vida sino las operaciones de su vientre: veíase en su casa, por su orden, toda una batería de bacines, de siete ú ocho días, que formaban el asunto de su estudio y sus discursos; todo otro tema le hedía. Aquí se muestran algo más civilmente los excrementos de un viejo espíritu, á veces duro, suelto otras y siempre indigesto. ¿Y cuándo me veré yo al cabo en el representar una tan continua agitación y mutación de mis pensamientos, en cualquier punto que se fijen, puesto que Diomedes llenó seis mil libros con el solo asunto de la gramática? ¿Qué no debe producir la charla, puesto que el tartamudeo y desatamiento de la lengua ahogaron al mundo con una tan horrenda carga de volúmenes? ¿Tantas palabras por las palabras solamente! ¡Oh Pitágoras, que no conjurases tú esa tormenta! Acusábase á un Galba del tiempo pasado porque vivía ociosamente, y respondió que cada cual debía dar explicaciones de sus actos, no de su reposo. Equivocábase, pues la justicia debe tener conocimiento, y animadversión también, de los que huelgan.

Mas debiera haber en las leyes algún poder coercitivo contra los escritores inútiles é ineptos, como lo hay contra los vagabundos y los holgazanes. Arrancariase así de las manos de nuestro pueblo á mi y á cien otros. Y es bien serio lo que digo; la manía de escribir parece ser como síntoma de un siglo desbordado: ¿cuándo escribimos tanto como desde que nacemos en perpetuo trastorno? Ni los romanos que en la época de su ruina. Aparte de que, el refinamiento de los espíritus no constituye la prudencia de los mismos en una república; esa ocupación ociosa emana de que cada cual se dedica flojamente á los deberes de su cargo, y se desborda. La corrupción del siglo se evidencia

1. Vanitas vanitatum, et omnia vanitas. ECCLES. I, 2.

con la contribución particular de cada uno de nosotros: unos procuran la traición, otros la injusticia, la irreligión, la tiranía, la avaricia, la crueldad, conforme son más poderosos: los más débiles contribuyen con la torpeza, la vanidad y la ociosidad; entre éstos me cuento yo. Parece la época en que vivimos propia para las cosas vanas, cuando que las perjudiciales nos acosan; en un tiempo en que el mal obrar es tan común, no proceder sino inútilmente es casi digno de alabanza. Yo me consuelo pensando que seré de los últimos de quienes habrá que echar mano: mientras se atiende á los más urgentes, lugar tendré de enmendarme, pues entiendo que sería ir contra la razón el perseguir los inconvenientes menudos cuando los grandes infestan. El médico Filotimo dijo á un enfermo que le presentaba un dedo para que se lo curase (y en cuya respiración y semblante reconocía una úlcera en los pulmones): «Amigo mío, no estás ahora en el caso de cuidarte de las uñas.»

Vi, sin embargo, hace algunos años un personaje, cuya memoria es para mí de recomendación singular, que en medio de nuestros tremendos males, cuando no había ni ley, ni justicia, ni magistrado que su cometido cumplieran, como tampoco los hay ahora, iba predicando no sé qué raquíticas reformas sobre la cocina, el traje y el pleiteo. Estos son juguetes con que se apacienta á un pueblo mal gobernado para simular que no del todo se le abandonó. Lo propio hacen los que se detienen á defender en todo momento las formas del hablar, las danzas y los juegos, en un país abandonado á toda suerte de vicios execrables. No es razón el lavarse y desengrasarse cuando se es víctima de una terrible fiebre: sólo á los espartanos era lícito el peñarse y acicalarse en el momento de ejecutar alguna acción arriesgada de su vida.

Cuanto á mí, practico esta otra costumbre, de peores consecuencias todavía: si tengo un escarpin mal ajustado, mal colocadas quedan también mi capa y mi camisa: yo menosprecio el enmendarme á medias. Cuando me encuentro en mal estado me encarnizo con el mal; por desesperación me abandono, dejándome llevar hacia la caída, y lanzando, como ordinariamente se dice, el mango después del hacha. Obstinome en el empeoramiento y no me juzgo más digno de cuidarme: una de dos, me digo, ó á maravilla ó desastrosamente. Es para mí cosa favorable el que la desolación de este estado coincida con la de mi edad: de mejor grado sufro que mis males se vean recargados que si mis bienes se hubieran visto enturbiados. Las palabras que yo profiero en la desdicha son palabras de despecho: mi vigor se herizará en vez de aplanarse; y al revés de todo el mundo me siento más devoto en la buena que en la mala fortuna, según el precepto de Jenofonte, si no según su razón, y miro con dulzura al cielo para gra-

ficarle mejor que para pedirle. Cuido yo más bien de aumentar la salud cuando me sonríe, que de reponerla cuando la perdi: las prosperidades me sirven de disciplina é instrucción, como á los demás mortales las adversidades y los latigazos. Cual si la buena fortuna fuera incompatible con la recta conciencia, los hombres no se truecan en honrados si no es en la adversidad. La dicha es para mí un singular aguijón, lo que me lanza á la moderación y á la modestia: la oración me gana, la amenaza me repugna, el favor me pliega y el temor me ensoberbece.

Entre las diversas condiciones humanas es bastante común el complacernos más con las cosas extrañas que con las propias, y gustar del movimiento y del cambio;

Ipsa dies ideo nos grato perluit haustu,
Quod permutatis Hora recurrit equis ¹:

yo también tengo mi parte correspondiente en tales achaques. Los que siguen el opuesto extremo de complacerse con ellos mismos; de estimar lo que poseen por cima de todo lo demás, y de no reconocer ninguna cosa más bella que la que tienen á la mano, si no son más avisados que nosotros, son en verdad más dichosos: yo no envidio su prudencia, mas sí su fortuna próspera.

Este ávido capricho de cosas nuevas y desconocidas, ayuda diestramente á alimentar en mí el deseo de viajar, pero bastantes otras circunstancias á él contribuyen, pues de buen grado me aparto del gobierno de mi casa. Hay algún placer en el mandar, aun cuando no sea más que en una granja, y en el ser obedecido de los suyos, pero es una dicha demasiado lánguida y uniforme, yendo además por necesidad mezclada con muchos pensamientos ingratos: unas veces la indigencia y la opresión de nuestros vecinos, otras la usurpación de que sois víctima os afligen:

Aut verberata grandine vineæ,
Fundusque mendax, arbore nunc aquas
Culpante, nunc torrentia agros
Sidera, nunc hiemes iniquas ²:

en seis meses apenas enviará Dios un tiempo con el cual vuestro arrendador se satisfaga cabalmente; y si fué bueno para las vides, no lo será para los prados:

Aut nimis torret fervoribus ætherius sol,
Aut subiti perimunt imbres, gelidæque pruinae,
Flabraque ventorum violento turbine vexant ³:

1. El día mismo no nos es grato sino porque cada hora cambia de corceles. *Fragm.* de PETRONIO, p. 678.

2. Ya son vuestras vides que el granizo arrasa, ó los árboles que están faltos de agua, ó vuestros campos que se inundan, ó un invierno rudo que viene á echar por tierra vuestra esperanza. HORACIO, *Od.*, III, 1, 29.

3. Tan pronto un sol sobrado ardiente abrasa las cosechas como las lluvias súbitas ó las rudas heladas las destruyen, ó bien los vendavales las arrastran en sus torbellinos. LUCRECIO, V, 216.

añádase á lo dicho el zapato nuevo y bien conformado de aquel hombre de los pasados siglos, que os atormenta el pie, y que un extraño no sabe lo que os cuesta, y los sacrificios que á diario realizáis para mantener el buen orden que se ve en vuestra casa, que quizá compráis demasiado caros¹.

Yo me consagré tarde á las cosas del hogar. Los que naturaleza hizo nacer antes que yo, descargarónme de ellas durante largo tiempo, y había tomado ya otros hábitos más en armonía con mi complexión. Sin embargo, á lo que he podido ver, es un quehacer más molesto que difícil: quienquiera que sea capaz de otras tareas lo será también de éstas. Si mi propósito en la vida fuera el de enriquecerme, consideraría este camino como largo en demasía: hubiérame puesto al servicio de los reyes, que es un tráfico más fértil que todos los otros. Puesto que no pretendo alcanzar sino la reputación de no haber adquirido nada, ni tampoco nada disipado, de acuerdo con el carácter de mi vida, impropio lo mismo al bien que al mal obrar, y puesto que mi designio consiste sólo en ir tirando, puede ejecutarse, á Dios gracias, sin ningún quebradero de cabeza. Poniéndooos en lo peor, corred siempre hacia las economías para huir la pobreza: es á lo que yo estoy atento y á corregirme, antes de que tal calamidad me fuerce. Yo establezco por lo demás en mi alma sobradas gradaciones para poder vivir con menos de lo que tengo, y pasándolo con contentamiento: *non aestimatione census, verum victu atque cultu, terminatur pecuniae modus*². Mis necesidades verdaderas no han menester exactamente de todo mi haber; todavía aun en último término podría presentar alguna resistencia á las desdichas. Mi presencia, ignorante y distraída como es, sirve á sustentar resistentemente mis negocios domésticos; en ellos me empleo, bien que con repugnancia, á más de que en mi vivienda ocurre que por encender aparte la candela por un cabo, el otro no deja de consumirse bonitamente.

Los viajes no me afectan más que por los gastos que suponen, los cuales son grandes y por cima de mis fuerzas como en ellos me acostumbrara á llevar no sólo lo necesario sino también algo más, para mi tienen que ser por necesidad cortos y poco frecuentes, en la proporción misma de su carestía. En ellos no empleo sino el sobrante de mi reserva, contemporizando y demorando según puedo disponer de ella. No quiero yo que el gusto del pasear corrompa el placer del reposo; muy al contrario, entiendo que se alimentan y favorecen el uno al otro. Prestóme su concurso la fortuna en este respecto; puesto que mi principal

1. A juicio de algunos comentadores, Montaigne alude aquí á su esposa, de quien siempre habla á medias palabras.

2. No por sus rentas sino por sus necesidades debe medirse su fortuna. CICERÓN. *Paradox.*, VI, 3.

ocupación en esta vida consiste en pasarla blandamente, y más bien desocupada que atareada, ninguna necesidad fué de multiplicar mis riquezas para proveer á la multitud de mis herederos. Uno que Dios me dió, si no tiene bastante con lo que á mi me sobró para vivir á mis anchas, peor para él: su imprudencia no merecerá que yo le desee mayores ventajas. Y cada cual, según el ejemplo de Foción, provee suficientemente á las necesidades de sus hijos procurándoles su semejanza. En ningún caso sería yo del parecer de Crates, quien depositó su numerario en manos de un banquero con esta condición: «Si sus hijos eran torpes había de dárselo, y si hábiles distribuirlo á los más negados de entre todo el pueblo»: ¡como si los tontos por ser menos capaces de carecer de recursos fueran más aptos para usar de las riquezas!

El despilfarro á que mi ausencia da lugar, no me parece cosa digna de merecer que yo me prive de mis distracciones cuando la ocasión se presenta, mientras me encuentre en situación de soportarlo, alejándome de la penosa existencia doméstica.

En los hogares siempre hay algo que va como Dios quiere. Ya son los negocios de una casa, ya los de otra lo que os saca de juicio. Contempláis todas las cosas muy de cerca; vuestra perspicacia os perjudica aquí como en otros respectos. Yo me aparto de las cosas que pueden procurarme malos ratos, y me desvío del conocimiento de lo que no marcha á derechas; y á pesar de todo tropiezo á cada instante con alguna cosa que me desplace. Las bribonadas que se me ocultan más, son las que mejor conozco: ocurre á veces que por evitar mayores males, precisa la ayuda de uno mismo para ocultarlos. Picaduras son éstas á veces sin trascendencia, pero picaduras al fin. De la propia suerte que los más menudos y tenues impedimentos son los más penetrantes, y así como la letra diminuta es la que cansa más la vista, por el mismo tenor nos molestan los negocios nimios. La turba de males menudos ofende más que la violencia de uno solo, por descomunal que sea. A medida que estas punzadas domésticas son más espesas y finas, van mordiéndonos con agudeza mayor, aunque sin amenazarnos, pues nos sorprenden imprevistos fácilmente. Yo no soy filósofo: los males me oprimen según su magnitud, y ésta va de acuerdo con la forma y la materia y á veces más allá: mi perspicacia aventaja á la del vulgo, y así mi paciencia es también mayor; si los males no me hieren, me pesan por lo menos. La vida es cosa delicada y fácil de trastornar. Desde que mi semblante se volvió del lado de los pesares, *nemo enim resistit sibi, quum caeperit impelli*¹, por estulta que sea la causa que á

1. Dado el primer paso, es difícil detenerse. SÉNECA, *Epist.* 13.

ellos me haya inclinado, se irrita mi humor hasta lo sumo; hay quien se alimenta y exaspera con sus propios quebrantos atrayéndolos y amontonándolos los unos sobre los otros como sustento de que nutrirse:

Stillicidi casus lapidem cavat¹:

estas goteras ordinarias me ulceran y me devoran. Los inconvenientes comunes no son ligeros en ningún caso, sino continuos é irreparables, principalmente cuando emanan de los miembros de la familia, perennes é inseparables. Cuando considero mis negocios de lejos y á bulto, reconozco, acaso por no disfrutar de una puntual memoria, que hasta hoy fueron prosperando más allá de mis cálculos y previsiones: á mi ver, abulto las cosas y en ellas pongo lo que no hay; la bondad de las mismas me traiciona. Mas cuando me encuentro sumergido en la tarea, y veo caminar todas esas parcelas,

Tum vero in curas animum diducimus omnes²:

mil cosas para mí dejan que desear y me pongo á temer otras. Abandonarlas por completo sería facilísimo, enderezarlas sin apenarme muy difícil. Es lastimoso encontrarse en lugar donde todo cuanto veis os atarea y concierne; me parece gozar más alegremente los placeres que una casa extraña me procura y llevar á ellos el gusto más libre y puro. Diógenes contestó por este tenor á quien le preguntaba la clase de vino que prefería, diciendo: «El de los demás.»

Gustaba mi padre de edificar Montaigne³, donde había nacido. En todo este manejo de negocios domésticos gusto yo servirme de su ejemplo é instrucciones, y en ellos inculcaré á mis sucesores cuanto me sea dable. Si algo mejor pudiera hacer por su memoria, cumplirlo al punto, y me glorifico de que su voluntad se ejerza todavía y obre en mí. ¡No consienta Dios que deje yo debilitarse entre mis manos ninguna viva imagen que pueda elevar á un tan buen padre! Cuando dispongo el remate de algún viejo muro ó el arreglo de alguna parte de edificio mal construida, considero más su intención que mi contento; y acuso mi dejadez por no haber llegado á poner en práctica los hermosos comienzos que dejó en su casa, con tanta mayor razón cuanto que estoy abocado á ser el último miembro de mi familia que la posea, y á darla la última mano. Por lo que toca á la aplicación particular mía, ni este placer de edificar, que dicen está tan lleno de atractivos, ni la caza, ni los jardines, ni otros placeres de la vida

1. El agua que cae gota á gota orada la piedra. LUCRECIO, I, 314.

2. Entonces mi alma se ve circundada por mil cuidados. VIRGILIO, *Eneid.*, V, 726.

3. El castillo de este nombre.

retirada, pueden procurarme grandes distracciones. Y esto es cosa de que me lamento cual de todas las demás opiniones que me acarrear molestias. No me curo tanto de profesar las distracciones vigorosas y doctas como me intereso en practicarlas fáciles y cómodas para la práctica de la vida: son verídicas y sanas cuando son útiles y gratas. Los que al oírme confesar mi insuficiencia en las cosas domésticas me dicen luego al oído que mis palabras tienen mucho de menosprecio, y que desconozco los utensilios de labranza, las estaciones, su orden, cómo se elaboran mis vinos, cómo se ingerta, cuál es el nombre y la forma de los árboles y de los frutos y el aliño de las carnes de que me sustento; el nombre y precio de las telas de que me visto, por profesar hondamente alguna ciencia más elevada y altisonante, me horripilan: eso se llamaría torpeza, y más bien estupidez que gloria. Mejor quisiera ser buen jinete que lógico irreprochable:

Quin tu aliquid saltem potius, quorum indiget usus,
Viminibus mollique paras detexere junco¹?

Imposibilitamos nuestros pensamientos con lo general y el universal gobierno de las cosas, las cuales á maravilla se las arreglan sin nuestro concurso; arrinconamos lo que nos incumbe, y á Miguel², que nos toca todavía más de cerca que el hombre. En conclusión, yo siento mis reales en mi vivienda, pero quisiera encontrar en ella mayores atractivos que en otra parte:

Sit meæ sedes utinam senectæ,
Sit modus lasso maris, et viarum,
Militiæque³!

No sé si podre conseguirlo. Quisiera que en lugar de cualesquiera otras cosas de las que mi padre me dejó me hubiera resignado ese apasionado amor que en sus viejos años á su vivienda profesaba. Considerábase dichosísimo en armonizar sus deseos con su fortuna, y conformándose con lo que tenía. La filosofía política acusará inútilmente la bajeza y esterilidad de mi ocupación si acierto á alcanzar una vez este gusto como él. Entiendo que entre todos el más noble oficio y el más justo consiste en servir al prójimo y en acertar á ser útil á muchos; *fructus enim ingenii et virtutis, omnisque præstantice, tum maximus capitur, quum in proximum quemque confertur*⁴: por lo que á mí toca

1. ¿Por qué no te ocupas más bien en cosas útiles? ¿Por qué no haces cestos de mimbre ó canastillos de junco? VIRGILIO, *Eglog.*, II, 71.

2. El propio Montaigne.

3. Al cabo de tantos viajes por mar y tierra, después de tantas fatigas y combates séame dable al fin encontrar el reposo de mi vejez. HORACIO, *Od.*, II, 6, 6.

4. Nunca gozamos mejor de los frutos del talento, de la virtud y de todas las cualidades superiores que compartiéndolos con las personas de nuestra mayor intimidad. CICERÓN, *de Amicit.*, c. 9.

de ello me desvió en parte por conciencia (pues por donde veo el peso de tal designio considero también los escasos medios con que cuento para afrontarlo; y Platón, maestro en toda suerte de gobierno político, no dejó tampoco de abstenerse), en parte por poltronería. Yo me contento con gozar del mundo sin apresurarme; con vivir una vida solamente excusable, y que ni para mí ni para los demás sea gravosa.

Jamás hubo nadie que se dejara llevar más plenamente que yo, ni con abandono mayor al cuidado y dirección de un tercero, si tuviera á quien encomendarme. Uno de mis apetitos en los momentos actuales sería el dar con un yerno que supiera sustentar mis viejos años y adormecerlos; en cuyas manos depositara con poder soberano la dirección y el destino de mis bienes, y que ganara sobre mí lo que yo gano, siempre y cuando que mostrara el corazón reconocido y amigo. Mas ¡ay! de sobra sé que vivimos en un mundo donde hasta la lealtad de los propios hijos se desconoce.

Quien custodia mi bolsa cuando viajo, guárdala pura y sin inspección; lo mismo me engañaría con sumas y restas: y si no es un diablo quien la guarda, le obligo á bien obrar merced á tan omnimoda confianza. *Multi fallere docuerunt, dum timent falli; et aliis jus peccandi, suspicando, fecerunt*¹. La seguridad más común que mis gentes me inspiran alcánzola de mi desconocimiento: no creo en los vicios sino después de verlos, y confío de mejor grado en los jóvenes, á quienes considero menos adulterados por el mal ejemplo. Oigo decir de mejor grado al cabo de dos meses que se malbarataron cuatrocientos escudos que no el que mis oídos se aturden todas las noches con la desaparición de tres, cinco ó siete, y sin embargo he sido víctima de estos latrocinios en proporción tan escasa como otro cualquiera. Verdad es que yo doy la mano á la ignorancia y mantengo adrede algo turbio y dudoso el conocimiento de mi dinero, y hasta cierto punto me congratula el que así sea. Precisa dejar algún resquicio á la deslealtad é imprudencia de nuestro servidor: si nos queda en conjunto con qué satisfacer nuestro designio, este exceso de la liberalidad de la fortuna dejémosle correr á su antojo, y su parte al que anda en pos de rebuscos. Después de todo, yo no encarezco tanto la buena fe de mis gentes como menosprecio los perjuicios que me infieren. Torpe y fea ocupación es el estudiar el dinero que se posee, complacerse en manejarlo, pesarlo y recontarlo. Por ahí comienza la avaricia á avecinarse.

Al cabo de diez y ocho años que gobierno mis bienes no he sabido tener fuerza de voluntad bastante para ver mis

1. Muchas gentes os invitan á que las engaéis temiendo ser engañadas; la desconfianza es madre de la infidelidad. SENECA, *Epist.* 3.

escrituras ni mis negocios principales, los cuales necesariamente han de pasar por mis manos y permanecer bajo mi cuidado. No es esto un menosprecio filosófico de las cosas transitorias y mundanales, pues mi gusto no está tan depurado, y las considero por lo menos en lo que valen, sino pereza y negligencia inexcusables é infantiles. ¿Qué no haría yo de mejor gana que leer un contrato, y qué no preferiría yo mejor que ir sacudiendo esos papelotes polvorientos, cual esclavo de mis negocios, ó peor aun, de los ajenos, como tantas gentes hacen, por dinero contante y sonante? Nada para mí es tan caro como los cuidados y quebraderos de cabeza; lo que busco con ahinco es la dejadez y la flojedad. Yo creo que sería más propio para vivir de la fortuna ajena, si esto fuera posible sin obligación ni servidumbre; y sin embargo, examinando las cosas de cerca, ignoro (dadas mi situación, mi manera de ser y la carga de los negocios, servidores y domésticos) si no hay más abyección, importunidad y amargura en vivir como vivo, de las que habría de soportar en compañía de un hombre nacido en más elevada posición que la mía y que me consintiera marchar un tanto á mi guisa. *Servitus obedientia est fracti animi et abjecti, arbitrio carentis suo*¹. Crates fué más radical en su proceder, pues se lanzó de lleno en la pobreza para libertarse de las indignidades y cuidados caseros. Esto yo no lo haría, porque detesto la indigencia tanto como el dolor, mas si cambiar la suerte de mi vida por otra menos elevada y atareada.

Cuando estoy ausente de mi hogar despójome por completo de tales pensamientos, y lamentaría menos el derrumbamiento de una torre que, presente, la caída de una teja. Mi alma se tranquiliza fácilmente ausente, pero en los lugares de los sucesos sufre como la de un viñador: una rienda mal colocada á mi caballo, ó una correa del estribo mal ajustada me tendrán todo un día malhumorado. Fortifico mi ánimo contra los inconvenientes, pero la vista soy incapaz de domarla:

Sensus! o superi, sensus²!

En mi casa respondo de todo cuando va torcido. Pocos amos (hablo de los de mediana condición como la mía, y si los hay son más afortunados) pueden encomendarse á un segundo sin que todavía les quede buena parte de la carga. Esto desvía algún tanto mis buenas maneras en punto á los visitantes; y acaso á veces me fué más dable detener á alguien mejor por mi cocina que por la acogida que le dispensé, como sucede á los hurafios, y disminuye mucho

1. La esclavitud es la sujeción de un espíritu cobarde y flaco que no es dueño de su propia voluntad. CICERÓN, *Paradox.*, V, 1.

2. ¡ Los sentidos, oh dioses, los sentidos!

el placer que yo debiera disfrutar en mi cosa con la visita y congregación de mis amigos. El continente más torpe de un gentilhombre en sus dominios es el verle atareado dando órdenes, andando de aquí para allá, hablando al oído á un criado ó dirigiendo á otro una mirada furibunda; debe el porte del amo caminar insensiblemente y representar siempre el ordinario: y o encuentro desastroso que se hable á los huéspedes del tratamiento que reciben ni para excusarlo ni para ensalzarlo. Complácenme el buen orden y la precisión,

Et cantharus et lanx
Ostendunt mihi me¹.

más que la abundancia, y miro en mi hogar puntualmente á lo necesario, poco á la ostentación. Si un criado riñe en casa ajena, si un plato se vierte, vosotros reis solamente ó dormitáis mientras el señor arregla las cosas con un maestresala en honor de vuestro recibimiento del día siguiente. Hablo de estos pormenores según mi entender, no dejando por ello de considerar, en general, cuán grato es á ciertas naturalezas una vivienda sosegada y próspera, dirigida con orden esmerado; y no quiero achacar á ello mis propios errores y rarezas, ni contradecir á Platón, quien juzga la más dichosa labor de cada cual el manejo de sus propios negocios sin menoscabo ajeno.

Cuando viajo, no tengo que pensar sino en mi y en el empleo de mi dinero; esto se compone de un solo precepto: si son menester varios, todo lo ignoro y me quedo en ayunas. En el gastar, algo me conozco, lo mismo que en la manera de hacerlo, que es á decir verdad su destino principal, mas yo me aplico sobrado ambiciosamente, lo cual lo trueca en deforme y desigual, y á más en inmoderado en uno ú otro respecto. Cuando luce y sirve me dejo llevar sin ningún discernimiento, me contraigo con igual indiscreción cuando no luce, y la idea de gastar no me sonríe. Quienquiera que sea (naturaleza ó arte), lo que imprime en nosotros esta condición de vida que se gobierna por la relación ajena procuramos mayor mal que bien: defraudámonos así a par de nuestras propias ventajas para mostrar las apariencias según la opinión general. No nos importa tanto cuál sea nuestro ser en nosotros y en realidad como lo que de él aparece al público conocimiento: los bienes mismos del espíritu y de la sabiduría nos parecen estériles cuando sólo por nosotros son conocidos, cuando no se producen ante la vista y aprobación extrañas. Hay individuos cuyo oro corre á gruesos borbotones por lugares subterráneos, imperceptiblemente; otros lo extienden todo en láminas y en hojas, de tal suerte que en los unos los maravedises valen escu-

1. Pláceme que mi imagen se refleje en los platos y en los cristales. HORACIO, *Epist.*, I, 23.

dos y en los otros los escudos maravedises, puesto que el mundo juzga del empleo y del valor según las apariencias. Todo exceso de celo en torno de las riquezas huele á avaricia, su distribución misma y la liberalidad demasiado ordenada y artificial no son acreedoras á un cuidado y solicitud tan penosos: quien pretende gastar lo equitativo anda siempre con estrechuras y limitaciones. La guarda ó el empleo son en sí mismas cosas indiferentes y no toman color en bien ó en mal sino conforme á la aplicación de nuestra voluntad.

La otra causa que me convida á estos paseos es mi desentimiento con las costumbres actuales de nuestro Estado. Consolariame fácilmente de esta corrupción considerando lo que con el interés público se relaciona;

Pejoraque sæcula ferri
Temporibus, quorum scelere non invenit ipsa
Nomen, et a nullo posuit natura metallo¹;

pero no por mi individualmente. Á mi en particular me incumbe la urgencia, pues en mi vecindad nos veremos muy luego veteranos en una forma de Estado tan desbordada por el largo desenfreno de estas guerras civiles,

Quippe ubi fas versum atque nefas²,

que á la verdad, maravilla el que puedan mantenerse.

Armati terram exercent, semperque recentes
Convectare juvat prædas, et vivere rapto³.

En fin, yo veo por nuestro propio ejemplo que la sociedad humana se sostiene y cose por cualquiera suerte de medios. Sea cual fuere la manera como se los deje, los hombres apilanse y se acomodan removiéndose y amontonándose, cual los objetos dispersos que se meten en el bolsillo sin orden ni concierto encuentran por sí mismos medio de juntarse y emplazarse los unos entre los otros, á veces mejor que el arte más consumado hubiera acertado á disponerlos. El rey Filipo reunió un montón de los más perversos é incorregibles hombres que pudo encontrar, acomodándolos á todos en una ciudad que hizo construir exprofeso y que de ellos tomó nombre; yo juzgo que enderezaron con los vicios mismos una contextura política y una sociedad cómoda y justa. Yo veo no ya una acción, tres ó ciento, sino costumbres de todos recibidas, tan feroces, sobre todo en inhumanidad y deslealtad (para mí la peor suerte de vicios), que carezco de valor bastante para concebirlas sin horror,

1. Soportaría estos tiempos inferiores al siglo de hierro, en que los crimenes no tienen nombre, y que la naturaleza no puede designar con el de ningún metal. JUVENAL, XIII, 28.

2. En que lo justo y lo injusto son tergiversados. VIRGILIO, *Georg.*, I, 504.

3. Armados, se trabaja la tierra; se vive de rapiñas, y todos se complacen en el bandillaje. VIRGILIO, *Eneid.*, VII, 748.

y las admiro casi cuanto las detesto: el ejercicio de estas maldades insignes lleva la marca del vigor y la fuerza de alma, é igualmente la del error y el desequilibrio. La necesidad une á los hombres y los congrega: esta soldadura fortuita adquiere luego forma con las leyes, pues las hubo tan salvajes que ninguna mente humana pudiera concebirlas y que sin embargo mantuvieron el cuerpo á que se aplicaron tan rozagante y con vida tan dilatada como las de Platón y Aristóteles pudieran sostenerlo. Y á la verdad, todas esas descripciones de ciudadanía por arte simuladas son ridículas é ineptas cuando se llevan á la práctica.

Esas grandes y luengas altercaciones sobre la sociedad ideal y sobre los preceptos más cómodos para sujetarnos, solamente son propias para el ejercicio de nuestro espíritu, de la propia suerte que en las artes hay varios asuntos cuya esencia consiste en la agitación y en la disputa, y que de ninguna vida disfrutan fuera de ellas. Tal pintura de gobierno sería aplicable en un mundo nuevo, y nosotros disponemos de uno ya hecho y habituado á determinadas costumbres. Nosotros no lo engendramos como Pirra y como Cadmo. Cualquiera que sea el medio de que dispongamos para enderezarlo y arreglarlo de nuevo apenas podemos torcerlo de su pliegue acostumbrado sin que todo lo hagamos añicos. Preguntábase á Solón si había establecido para los atenienses las mejores leyes que le había sido posible: «Si, respondió, de entre aquellas que podían acoger.» Varrón se excusa de manera semejante cuando dice «que si tuviera de nuevo que escribir sobre la religión diría lo que de ella cree, pero que hallándose ya recibida y formada hablará conforme al uso más bien que con arreglo á la naturaleza».

No por la opinión admitida, sino conforme á la verdad más estricta, el más excelente y mejor gobierno para cada pueblo es aquel bajo el cual se ha mantenido; su forma y comodidad esencial dependen del uso. Con frecuencia nos apenamos de la situación presente, mas yo entiendo, sin embargo, que el ir deseando el mando de pocos en un gobierno popular, ó en la monarquía otra especie de régimen, son ideas viciosas y locas:

Aime l'estat, tel que tu le vois estre:
S'il est royal, aime la royauté;
S'il est de peu, ou bien communauté,
Aime l'aussi; car Dieu t'y a fait naistre.

Así hablaba de estas cosas el buen señor de Pibrac, á quien acadamos de perder, gentil espíritu de opiniones sanas y dulces costumbres. Esta muerte y la que al mismo tiempo lloramos del señor de Foix son pérdidas importan-

1. Tal como le veas, ama el Estado: si es monarquía, ama la realeza; si pequeño ó comunidad, ámalo también, porque Dios en él hizo que nacieras.

tes para nuestra corona. Ignoro si queda en Francia una pareja semejante con que sustituir estos dos gascones, igualmente cabal en sinceridad y capacidad para el consejo de nuestros reyes. Eran almas diversamente hermosas y, en verdad, según el siglo en que vivimos, bellas y raras, cada una en su forma peculiar. ¿Quién las había plantado en esta edad, siendo tan inarmónicas y desproporcionadas con nuestra corrupción y nuestras tormentas?

Nada trastorna tanto un Estado como las innovaciones. El cambio da ocasión á la injusticia y á la tiranía. Cuando alguna parte del edificio se conmueve, puede apuntarse; podemos oponer nuestras fuerzas á fin de que la adulteración y corrupción natural á todas las cosas no nos aparte de nuestros comienzos y principios; mas el intentar refundir una masa tan imponente y el cambiar los fundamentos de un edificio tan enorme, corresponde á aquellos que en vez de limpiar despedazan, á los que quieren enmendar los defectos particulares con la confusión general, y curar las enfermedades matando; *non tam commutandarum, quam evitendarum rerum cupidi*¹. El mundo es inhábil para santar sus males; tan impaciente de lo que leprime, que no piensa más que en sacudirlo sin considerar á qué coste. Mil ejemplos vemos de que se restablece ordinariamente á sus expensas. No es curación la descarga del mal presente cuando en general no hay enmienda de condición; el fin del cirujano no consiste en hacer morir la carne dañada, sino en el encaminamiento de su cura; sus miras van más lejos, procurando hacer renacer la natural y volver el órgano enfermo á su debido estado. Quien propone solamente arrancar lo que le corroe se queda corto, pues el bien no sucede necesariamente al mal; otro mal distinto puede venir después, y aún peor que el que antes había, como ocurrió á los matadores de César, quienes lanzaron á tal punto las cosas públicas, que luego se arrepintieron de haberse en ellas mezclado. A varios después, hasta nuestros siglos, aconteció lo propio. Los franceses mis contemporáneos están de ello bien informados. Todas las grandes mutaciones conmueven el Estado y lo trastornan.

Quien se encaminara derecho á la curación y reflexionara antes de poner manos á la obra se enfriaría fácilmente en su designio. Pacuvio Calavio corrigió el vicio de este proceder con un ejemplo memorable. Hallábanse sus conciudadanos insubordinados contra los magistrados; él, que era personaje de grande autoridad en la ciudad de Capua, encontró un día medio de encerrar al senado en su palacio, y convocando al pueblo en la plaza pública, dijo que el día era llegado en que con plena libertad podían vengarse

1. Que buscan menos el cambio de gobierno que la ruina del ya existente. CICERÓN, *de Offic.*, II, 1.

de los tiranos que durante tanto tiempo los habían oprimido, á los cuales él tenía á su albedrío, solos y desarmados. Fué de parecer que se sortease á los encerrados uno tras otro y que sobre cada cual se dictaminara particularmente realizando al punto la ejecución de lo que se decretase, siempre y cuando que fuera dable colocar á algún hombre de bien en el lugar del condenado, á fin de que no quedara vacío el puesto. No habían acabado de oír el nombre de un senador cuando se elevó contra él un grito general de descontento: «Bien veo, dijo Pacuvio, que precisa deshacerse de éste; es un malvado, pongamos uno bueno en su lugar.» Un silencio profundo siguió á estas palabras, y nadie sabía de quién echar mano. Ante alguien que se reconoció más resuelto que los otros cien voces se levantaron, encontrándole mil imperfecciones y mil justas causas para rechazarlo. Todos estos pareceres contradictorios habiéndose alborotado, sucedió todavía peor con el segundo senador y con el tercero; hubo, en fin, tanta discordia en la elección como necesidad en la dimisión, hasta que por fin, todo el mundo harto del alboroto, comenzaron todos á desfilar sucesivamente de la asamblea, cada cual albergando en su alma esta resolución: «que el mal más añejo y mejor conocido es siempre más soportable que el reciente é inexperimentado».

Porque nos veamos lamentabilísimamente revueltos y agitados (y en verdad, ¿qué desórdenes no hemos visto y realizado?

Ehen! cicatricum et sceleris pudet,
 Alas? quid intactam nefasti
 Liquimus? unde manus juvenis
 Metu deorum continuit? quibus
 Pepercit aris? 1?

no diré con tono resuelto y decisivo:

Ipsa si velit Salus,
 Servare prorsus non potest hanc familiam?

que acaso nos encontremos en el dintel del último período. La conservación de los Estados es cosa que verosíblemente excede las luces de nuestra inteligencia; son los pueblos, como Platón sienta, fuerzas poderosas y de difícil disolución; persisten á veces minados por enfermedades mortales é intestinas, por la injuria de injustas leyes, por la tiranía, por el desbordamiento y la ignorancia de los magistrados, por la licencia y sedición de las masas. En todas nuestras aventuras comparámonos con los que están por cima de nos-

1. ¡Ay, nuestras llagas, nuestras guerras parricidas nos cubren de vergüenza! Hijos del siglo, ¿á qué culpa no somos acreedores? ¿qué estragos dejamos de cometer? ¿Hay alguna cosa santa que nuestra juventud haya respetado, algún altar que no haya profanado? HORACIO, *Od.*, I, 33, 33.

2. Aun cuando la diosa Salus lo quisiera, sería impotente para salvar á esta familia. TERENCIO, *Adelph.*, act. IV, esc. VII, v. 43.

otros y miramos hacia los que se ven mejor hallados. Miámonos con los que están por bajo, y nadie habrá, por misérrimo que sea, que no encuentre mil ejemplos de consuelo. Radica nuestro vicio en que vemos con peores ojos lo que nos sobrepuja que lo que dominamos. Por eso decía Solón: «Si se reunieran en montón todos los males, cada cual preferiría quedarse con los que tiene, mejor que participar de la equitativa repartición con los demás hombres, guardando su cuota correspondiente.» Nuestro Estado va mal; más enfermizos los hubo, sin embargo, sin que por ello sucumbieran. Los dioses se divierten jugando con nosotros á la pelota y sacudiéndonos reveses con ambas manos:

Enimvero dii nos homines quasi pilas habent 1.

Los astros destinaron fatalmente al Estado romano como ejemplo de los vaivenes que un pueblo puede soportar; éste guarda en su seno cuantos accidentes y aventuras pueden trastornar un Estado: orden, desorden, desdicha y dicha. ¿Quién habrá de desesperar de su situación al ver los movimientos y sacudidas con que Roma se vió agitada, siendo capaz de resistirlas? Si la extensión de sus dominios constituye la salud de un Estado (manera de ver que no comparto, y alabo las palabras de Isócrates, el cual instruyó á Nicocles no para que envidiara á los príncipes cuyos dominios son más amplios, sino á los que aciertan á conservar los que la suerte puso en su guarda), éste no se vió jamás tan sano como cuando estuvo más enfermo. La peor de sus situaciones fué para él la más propicia; apenas si se descubre huella de algún gobierno en la época de los primeros reyes; aquella fué la más horrible y tenebrosa confusión que pueda concebirse, y, á pesar de todo, la soportó y persistió, conservando no ya una monarquía encerrada en sus límites, sino tantas naciones diversas y lejanas, mal queridas, desordenadamente mandadas, é injustamente conquistadas:

Nec gentibus ullis
 Commodat in populum, terræ pelagique potentem,
 Invidiam fortuna suam 2.

No cae todo lo que se conmueve. La contextura de un tan gran cuerpo se sostiene por más de una tachuela; la senectud misma impide su derrumbamiento, como el de los viejos edificios, á los cuales la edad quitó la base, que se ven, sin revoque y sin argamasa, sostenerse y vivir por su propio peso.

1. Las palabras precedentes explican el sentido de este verso de PLAUTO, *Captiv.*, 22.

2. La suerte no quiso confiar á ninguna nación le cuidado de vengarla de los dueños del mundo. LUCANO, I, 82.